

PABLO IGLESIAS

GUSTAVO VIDAL MANZANARES



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Pablo Iglesias
Autor: © Gustavo Vidal Manzanares

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Estudio de diseño Murray
Diseño interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-729-9
Fecha de edición: Abril 2009

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal:

Índice

Cronología	9
Introducción	11
Capítulo 1. Pobreza extrema y hospicio	13
Capítulo 2. Un obrero de once años.....	21
Capítulo 3. La revolución Gloriosa.....	33
Capítulo 4. En los umbrales de la política	45
Capítulo 5. Un país convulso.....	53
Capítulo 6. Presidente de la Asociación del Arte de Imprimir.....	73
Capítulo 7. La fundación del PSOE.....	85
Capítulo 8. Huelga, persecuciones y cárcel	105
Capítulo 9. Nacen la UGT y <i>El Socialista</i>	123
Capítulo 10. Por la jornada de ocho horas	161
Capítulo 11. Pablo Iglesias, un hombre sin vida privada.....	181

Capítulo 12. Pérdida de las colonias	195
Capítulo 13. Inocente Calleja: el tesoro de la amistad.....	219
Capítulo 14. Concejal en Madrid	245
Capítulo 15. El día más feliz de Pablo Iglesias.....	261
Capítulo 16. Diputado a Cortes Generales.....	283
Capítulo 17. “Las dos Españas”	299
Capítulo 18. Huelga general de 1917.....	325
Capítulo 19. Desastres africanos y dictadura militar	353
Capítulo 20. “Por manos de compañeros socialistas”	375
Notas	383
Bibliografía	393

Cronología

- 18 de octubre de 1850:** Nace en El Ferrol.
- 1860-1862:** Fallecido el cabeza de familia, marchan a Madrid Pablo Iglesias, su madre y su hermano. Ambos niños ingresan en el hospicio de San Fernando.
- 1863-1868:** Alterna periodos laborales y de paro. Su hermano *Manuelín* muere de tuberculosis.
- 1869:** Asiste a conferencias en la sección española de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores).
- 1870:** el 13 de marzo solicita ingresar en la sección de tipógrafos de la AIT. Poco después resulta elegido miembro del Consejo Federal de Madrid. Publica su primer artículo, *La guerra*.
- 1871:** En febrero, pronuncia su primer discurso con motivo de un ciclo de conferencias organizado en los Estudios de San Isidro.
- 1872:** Redactor de *La emancipación*.
- 1873:** El 4 de marzo ingresa en la AAI (Asociación del Arte de Imprimir).
- 1874:** Resulta elegido presidente de la AAI.
- 1879:** 2 de mayo, fundación del PSOE en una fonda de la calle de Tetuán.
- 1879-1888:** En repetidas ocasiones irá a la cárcel a causa de su activismo político. Siempre rechazará las peticiones de indulto. Los patronos se niegan a darle trabajo. En **1886** se funda el periódico *El socialista*. Fallece doña Juana Posse. El 2 de agosto de **1888** se acuerda en Barcelona la creación de la Unión General de Trabajadores (UGT). Masacre de obreros en Riotinto (Huelva).
- 1889:** Pablo Iglesias es nombrado presidente del comité nacional de UGT.
- 1890:** Se celebra por primera vez en Madrid la jornada de lucha del primero de mayo. Iglesias encabeza una impresionante manifestación, tras la

- cual entregan al Gobierno las reclamaciones laborales, destacando la jornada laboral de ocho horas.
- 1894-1895:** Pablo Iglesias entra y sale de prisión a causa de sus reivindicaciones sociales.
- 1896-1904:** Intensa actividad política, pero la salud del líder comienza a quebrantarse como consecuencia de las penurias padecidas en su juventud y los frecuentes encarcelamientos.
- 1905:** Elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid.
- 1908:** Inauguración de la Casa del Pueblo en la capital, el día más feliz en la vida de Pablo Iglesias.
- 1909:** Oposición a la guerra de Marruecos. De nuevo en la cárcel.
- 1910:** Elegido diputado a Cortes Generales.
- 1914:** Su salud empeora considerablemente.
- 1917:** Huelga general. Comienzan unos años de doloroso ocaso físico.
- 1921:** Escisión del PSOE. La salud le impide salir de Madrid.
- 1925:** Fallece el 9 de diciembre. Al homenaje póstumo acudieron más de 150.000 personas.

Introducción

No puede trazarse la biografía de un personaje como Pablo Iglesias sin referirnos ampliamente a los acontecimientos que jalonan su vida y época (1850-1925) tales como la revolución Gloriosa, el régimen de la Restauración, las guerras carlistas, el turno de partidos, la pérdida de las últimas colonias, las guerras en Marruecos, la dictadura de Primo de Rivera... y, por supuesto, las reseñas a la sociedad y cultura que desfilaron ante las retinas del fundador del PSOE y la UGT.

Las biografías que habían aparecido de Iglesias, aunque muy útiles, pecaban de incompletas. Además, fueron escritas por militantes socialistas muy próximos al *abuelo* y el borboteo hagiográfico chorreaba desde todos sus renglones.

Pero, por otra parte, afrontar una vida tan fecunda podría materializarse en un volumen denso y macizo que espantase lectores. Era imprescindible, por tanto, condensar la vida de este icono del socialismo español en el número adecuado de páginas. Ni más ni menos. Las justas.

A su vez, la vida de Pablo Iglesias debía imbricarse con los eventos que colorean su sociedad y su tiempo, narrados sin florituras literarias ni pedantería, en un lenguaje ágil y ameno que atraiga lectores de cualquier edad y condición, que pueda leerse en el sofá de casa o en el asiento del autobús, sin ceder por ello ni una pulgada en rigor y seriedad.

Y el proyecto vale la pena. Nos estamos refiriendo a un gallego de hierro azotado por la pobreza extrema en su niñez y criado en un hospicio donde sufre malos tratos y una nefasta asistencia médica que le hiere con una dolencia gástrica de por vida. Hablamos de un adolescente que ve morir a su hermano de tuberculosis o, más exactamente, de miseria. Un joven que ha de combatir el frío con papelotes arrancados de carteleras y colocados a

modo de chaleco bajo su americana desgastada, la única que posee. Un adulto obrerista que inmolará su vida en la defensa de los desfavorecidos y que se convertirá en las raíces donde brotarán el PSOE y la UGT.

Arturo Barea en *La forja de un rebelde* lo relatará:

...a los socialistas los meten en la cárcel, los dan palos, pero al final se salen con la suya, son los únicos que cobran el jornal que piden y que trabajan ocho horas al día...A la cabeza de todos está Pablo Iglesias, un tipógrafo ya viejo, que dice todas las verdades que se le ocurren... los obreros lo llaman el *abuelo*. Lo han metido en la cárcel no sé cuantas veces...

Un *tipógrafo ya viejo*, el *abuelo*, el fundador del Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores... todo lo que pueda escribirse sobre su vida y legado será poco.

Capítulo 1

Pobreza extrema y Hospicio

VERANO DE 1860. PROXIMIDADES DE MADRID

Habían caminado durante tres semanas.

A pleno sol.

Dormían en calveros y arboledas, sobre sacos de paja. Avanzaban por un camino estrecho y lleno de barro donde la oscuridad parecía palpase. Pronto llegarían a Madrid. El mayor de los dos hermanos se apoyaba sobre un carro de arriero cuyas ruedas de madera gemían lúgubrementemente. A ambos lados de la senda, frondosos arbustos salvajes se estremecían al menor soplo de viento. Partieron desde Galicia, la madre, el hermano y él. A menudo, la mujer tose, resopla y sube al carro. Con las manos esculpidas de callosidades enjuga el sudor que baña su frente. Se llama Juana y sueña con aprender a leer. El marido se llamaba Pedro Iglesias, de segundo apellido Expósito. Tras su inopinada muerte, la pobreza ha agujoneado los días de Juana, Manuelín y Paulino.

Juana recordó a un lejano familiar colocado en Madrid, en la casa de un señorón cuyos títulos no caben en tarjeta de visita alguna¹, y acuden en su búsqueda.

En el Madrid que recibe a la familia Iglesias aún retumban los truenos de la “Vicalvarada”² y los ciudadanos se han lanzado a la calle al saber que los cañones españoles han conquistado la plaza de Tetuán³. La villa hierve entre fervor patriótico, obras públicas y actos culturales. Se inaugura la Exposición Nacional de Bellas Artes con trescientas treinta y tres obras. Entre ellas, destaca *Los comuneros* de Antonio Gisbert, galardonada y adquirida por el Congreso. Hartzenbusch⁴ ultima *La hija de Cervantes* en homenaje al genio de Alcalá de Henares, y Mesonero Romanos⁵ recoge de la imprenta las pruebas, aún con la tinta fresca, de *El antiguo Madrid. Paseos*

histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta Villa. María de las Mercedes de Orleans⁶ acaba de nacer en esta España isabelina de extraordinaria afición al baile. Se danza en el Palacio Real, en los salones aristocráticos, en embajadas, en sótanos y azoteas. Proliferan las sociedades recreativas cuya finalidad es organizar veladas de baile. Destacan: *Liceo Madrileño, La Constante, La Primavera, La Novedad, La Oriental, La Veneciana...*

Mientras los zapatos taconeaban al ritmo de las orquestas, cientos de obreros levantan adoquines y escarban terrones. Carlos María de Castro ve aprobado y ejecutado su Plan de Ensanche. Consecuencia de la desamortización⁷, Madrid ha crecido como centro burocrático, industrial y de consumo. Este plan urbanístico, inspirado en el Plan Cerdá de Barcelona, establecerá un desarrollo ajeno a la red central (Plaza Mayor, Puerta del Sol...) en previsión del inminente aumento de población. El ensanche contribuirá a asentar a la floreciente burguesía en los núcleos urbanizados por el marqués de Salamanca⁸. El proletariado se agrupará en el extrarradio. Tetuán de las Victorias se unirá a Cuatro Caminos. Posteriormente, irán poblándose otras barriadas: las Ventas, Guindalera, Prosperidad, Vallecas... De notoria importancia será la canalización de las aguas del río Lozoya. La reina Isabel II inaugurará el canal que lleva su nombre mientras la castiza figura del aguador, con su barrica al hombro, quedará hundida en el recuerdo.

Ajenos a estos acontecimientos, los pasos de la familia Iglesias resuenan sobre el empedrado madrileño.

Hay que encontrar a ese lejano pariente.

Desde la Cava enfilaron la calle de Segovia donde pendía el cartel de la posada del Maragato. Entre arrieros, cosarios y trajinantes, Juana y los dos niños consiguieron acercarse al mostrador de la hostería. Portaban en sus ropas polvo de varias provincias y el roce de rocas y aromáticos olivares. Tras el aseo y cambio de atavío, emprendieron la búsqueda del familiar.

Tardaron en encontrar el palacio. Paulino leía los rótulos de las calles en un apresurado caminar entre las arterias del Madrid decimonónico. A fuerza de preguntas, dieron con la calle San Bernardo y, esquina a Flor Alta, se toparon con el imponente palacio del conde de Altamira.

Todo lo que los Iglesias poseían era una esperanza.

Y vivía en aquel palacio.

Ventura Rodríguez⁹ había comenzado a levantar ese edificio inconcluso. Una puerta enorme protegía un zaguán donde cabían diez carruajes enjaezados; la escalera de piedra se dividía en dos tramos y en el arranque de estos destacaba el reflejo marmóreo de la estatua de un guerrero griego, desnudo, desenvainando una espada de dos filos, protegido por un escudo con múltiples figuras labradas. Un portero de uniforme ceñido y cuajado de galones se acercó. Cohibida y posiblemente asustada, Juana Posse preguntó por su tío. *Soy nuevo y no conozco a ese señor, esperen que averigüe.* Entró

por una puerta de servicio y, minutos después, regresó. Sin duda, el ordenanza comprendía la situación. En su rostro se plasmaba la tristeza. *Señora, ese señor, su tío... ya murió.*

Muchos años después, Pablo Iglesias Posse habría de recordar la necesidad que lo arrastró a Madrid. En 1904, la Junta Directiva de la Asociación del Arte de Imprimir solicitó una semblanza de sus afiliados. Así, Pablo escribió que había nacido en El Ferrol el 18 de octubre de 1.850. Su padre, Pedro de la Iglesia Expósito, trabajaba como peón para el ayuntamiento ferrolano. A su madre la define como “buena gente, callada, dulce, laboriosa y conocedora de la difícil y aspérrima ciencia de encontrar un bienestar relativo en la escasez y aun en la miseria, la ciencia de hacer que la ropa dure mucho, que la limpieza lo ennoblezca y embellezca todo, que sepan bien las patatas solas y las sopas de ajo”. Pedro apenas recibe las primeras letras en los Desamparados de Orense. Su primogénito acude cuatro años a las aulas y cuando el menor, Manuelín, comienza a acompañarlo, acaece la desgracia. Aquel cabeza de familia, hijo de padres desconocidos y sin más patrimonio que su espinazo, deja a Juana dos hijos y algunas deudas. Ella, natural de Santiago de Compostela, solo sabe de aquel lejano pariente empleado en una casa de abolengo.

TIEMPOS DE POBREZA EXTREMA

¿Qué sucedió las siguientes jornadas?

Tan solo podemos vislumbrar el cuadro de una mujer de negro, anegada de angustia y con dos pequeños hambrientos. Bajo el soportal de una calle, a refugio del calor, tiende la mano en demanda de limosna (M. Almela Meliá, *Pablo Iglesias. Rasgos de su vida íntima*, 11).

Pocas ilusiones se reparten entre las clases humildes en esta España de incierto derrotero. A mediados del siglo XIX se han operado transformaciones de calado. La corriente liberal ha impuesto sus postulados económicos y la transición del feudalismo al capitalismo convulsiona el tejido social. Pero las antiguas clases dominantes no han visto mermada su influencia. La nobleza territorial salvaguarda su poder sobre el caudal que le proporciona la posesión de sus tierras. Aunque se han volatilizado los privilegios jurisdiccionales, la desvinculación de los mayorazgos ha colmado sus arcas. Por su parte, la pequeña nobleza desaparece o pasa a engrosar las filas de la nueva clase dominante: la burguesía. Este sector ha impulsado el cambio con el aliento del pueblo pero, coronados sus objetivos, ha estrechado la mano de sus antiguos enemigos, los aristócratas. Al margen, una pequeña burguesía imbuida en el intelecto y el comercio defiende los principios democráticos.

El clero ha sufrido una debacle a causa de las desamortizaciones. En el terreno político, su apoyo a los carlistas¹⁰ y a la reacción merma cualquier

credibilidad. Sin embargo, su preponderancia como religión oficial permanece intocable. Los militares, tras el protagonismo en las ya lejanas guerras de la Independencia y en las carlistas y africanas, se constituyen como un monolítico árbitro de la política.

El campesinado y el proletariado urbano soportan el peso de la nobleza, la burguesía, el clero y el estamento militar. Los campesinos, desaparecidos los señoríos y sin tierras que labrar, comienzan a formar una nutrida horda. En miles de casos, la huida a las ciudades es la única salida. Fruto de la imparable industrialización y del éxodo rural, el proletariado comienza a crecer. Campesinos y obreros rozan el nivel de subsistencia y, en múltiples ocasiones, chapotean en la miseria. La ausencia de normas higiénicas provoca en el obrero la aparición de corrosivas enfermedades. Algunas mortales, como el cólera y la tuberculosis. Estas condiciones explotan, no pocas veces, en motines y tumultos sofocados, a sangre y pólvora, por los sables y mosquetones de las fuerzas de seguridad. Pese a todo, la inmigración desatada multiplica la población de las urbes. La mayoría tendrá que asentarse fuera de sus desbordados muros medievales. Los ayuntamientos se verán así impelidos a emprender ambiciosos planes de infraestructuras que, en una espiral especulativa, bañará de oro a la burguesía. Mientras, el analfabetismo estrangulará al setenta por ciento de la población. Los ecos políticos son agudos, toda vez que los analfabetos carecen de derecho al voto. La Iglesia, por su parte, torpedeará cualquier conato de educación moderna (*Crónica de España*, 677)¹¹. Sin embargo, la cultura adquiere un nuevo sesgo. De peligroso virus en el Antiguo Régimen se convierte en herramienta imprescindible para la floreciente burguesía. Urgen artistas, escritores, científicos, ingenieros, técnicos que materialicen las necesidades y afán de lucro de la nueva clase.

En medio de este clima efervescente, aunque agobiados por la desolación, los Iglesias buscan un resquicio a la penuria. En poco tiempo, la familia sufre otro desgarro. Sin posibilidad de sobrevivir juntos, hay que recurrir a la generosidad del conde de Altamira. Unas líneas dirigidas al presidente de la Diputación Provincial, al gobernador civil, al marqués de la Vega de Armijo o a don Ángel Echalecu, diputado visitador de asilo, adquirirían rango de orden si concluían firmadas por el noble. No se explica de otra manera la rápida admisión de los dos hermanos Iglesias en el hospicio de San Fernando (J.J. Morato, *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres*, 12).

EN EL HOSPICIO

Así, los dos pequeños entraron en aquella casa de caridad y la señora Juana alquiló un cuarto en la travesía de Cabestreros. Aquellos chiscones oscuros, sin ventilación, se construían en los huecos de las escaleras y debajo de los

Labores escolares de Pablo Iglesias. En el Hospicio se impartía una rudimentaria enseñanza elemental previa a la elección de oficio. En la imagen, trabajos de conjugación latina.

Subijos.

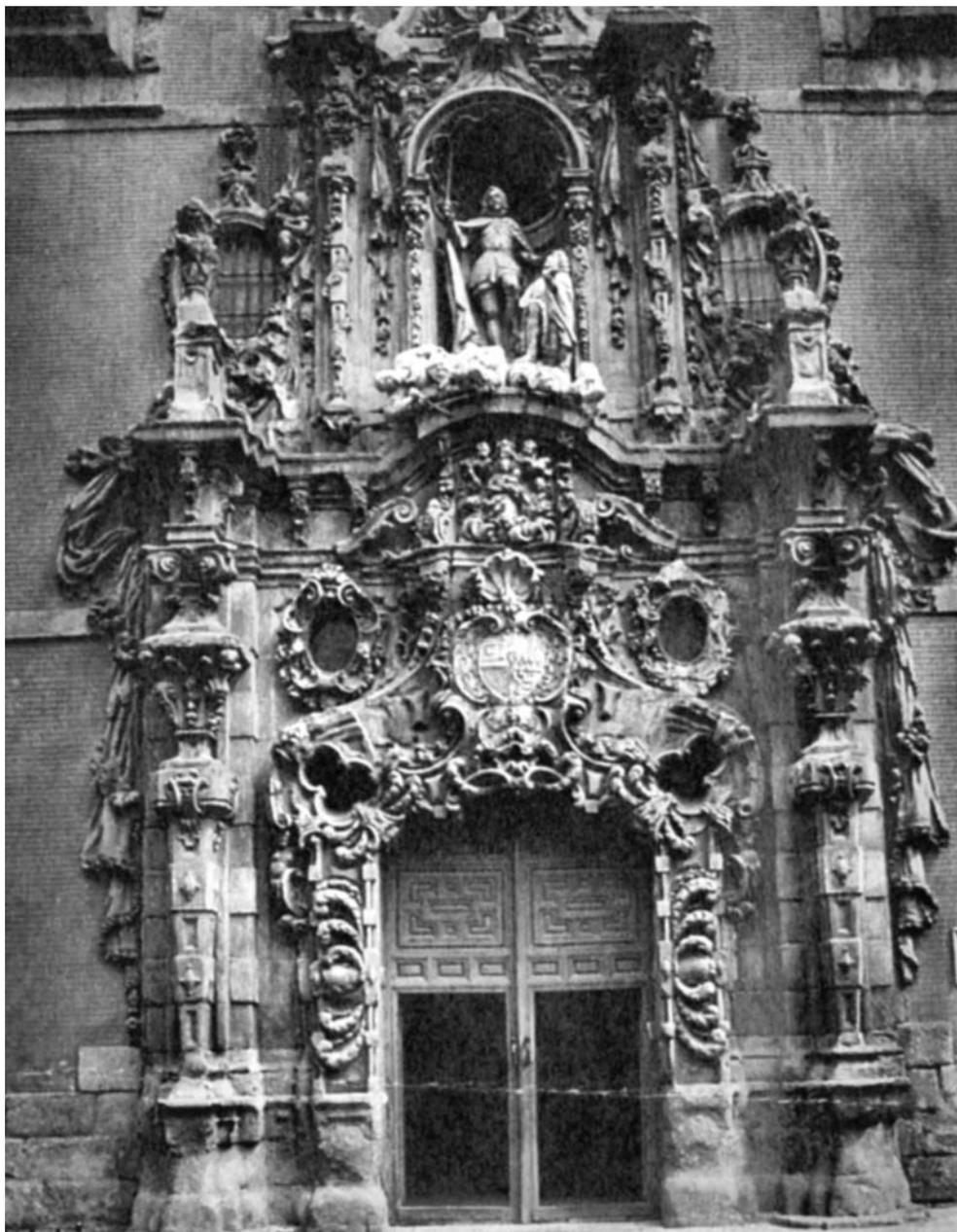
Formas	Indicativo				Subjuntivo			
	1. ^a Plural (rad., sufijo y afijo)							
	Conjugaciones				Conjugaciones			
	1. ^a	2. ^a	3. ^a	4. ^a	1. ^a	2. ^a	3. ^a	4. ^a
Presente	a-	e	i	u	ere	ere	ere	ere
Pretérito imperfecto	aba-	eba-	eba-	eba-	ere	ere	ere	ere
Futuro imperfecto	abi-	ebi-	e					
2. ^a Plural (rad., característica 1. ^o S, suf. y af.)								
Pretérito perfecto	i	e	e	i	ere	ere	ere	ere
Pretérito pluscuamperfecto	era	era	era	era	ere	ere	ere	ere
Futuro perfecto	eri	eri	eri	eri	ere	ere	ere	ere
3. ^a Plural (rad., característica 3. ^o S, sufijo y af.)								

tejados, expuestos al azote inmisericorde del sol, el frío y la lluvia. Solían dar a un patio sucio donde se levantaban montones de trastos, a menudo cubiertos de chapas y maderas carcomidas, ladrillos y tejas. Por las tardes, las vecinas lavaban en el patio y, nada más terminar, vaciaban sus cubos en los desagües provocando charcos que, una vez secos, formaban manchurroneos costrosos y regueros de añil. Colgaban ropas de las barandillas, colchas remendadas, telas harapientas tendidas en cuerdas atadas de una ventana a otra. Cada vivienda era una muestra del comunismo de la penuria. El alquiler, seis pesetas al mes, era lo más barato que podía hallarse en aquel Madrid de bailes, ecos de guerras lejanas y de una monarquía próxima a derrumbarse. Mientras, Juana atravesaba portales y plazas ofreciéndose para lavar ropa y asistir en alguna casa.

La separación fue un trance tan doloroso que sumió al jovencísimo Pablo en lo que, hoy, diagnosticaríamos como depresión profunda. Así, “no días, ni semanas, meses enteros vivió Paulino sin noción clara de la realidad. Inconscientemente hacía lo que le mandaban o lo que veía hacer, no comiendo apenas...” (J.J. Morato, 12).

Consecuencia de este dolor psíquico eran frecuentes los mareos y los estados de angustia. Dos veces fue ingresado en la enfermería del asilo y una, por error, en el hospital. En una época sometida a la insalubridad y a la escasez, no eran muchos los médicos que profundizaban en los trastornos psicosomáticos. De este modo, con un diagnóstico erróneo, a Paulino le aplicaron un tratamiento contraindicado que lo hirió con una enfermedad gástrica de por vida.

A la salida del hospital, camino del hospicio, aún conservaba las cicatrices de las sanguijuelas sobre la boca del estómago.



Fachada del antiguo Hospicio de San Fernando (actual Museo Municipal de Madrid). Entre sus muros, y separado de su madre, viviría Pablo Iglesias momentos de intensa amargura y soledad. Sin embargo, allí pudo cubrir las necesidades básicas que su pobreza le negaba, y aprender el oficio de impresor.

La vida en el hospicio no era grata. La alimentación, escasa y poco variada, se componía de:

Una libra de pan fabricado por contrata; garbanzos, judías, arroz, lentejas, patatas; seis adarmes de tocino y siete de carne por plaza, y aceite, vinagre más media libra de pimentón, cuatro cabezas de ajos, dos cebollas y tres cuarterones de sal al día por cada cincuenta plazas.

Y alguna vez bacalao y hortalizas; potajes y bacalao por Semana Santa y en la Cuaresma, y algo extraordinario en Navidad y en el día del santo patrono, de San Fernando, cuando se permitía la entrada en el asilo al público, se mostraban las labores de los acogidos y hasta se enseñaba la cocina.

Sin embargo, una vez al año asaltaba el hospicio la abundancia, casi el hartazgo, de manjares. En los diarios madrileños de aquellos tiempos, el 31 de diciembre podía leerse esta noticia: la Hermandad del Santo Niño de Dios del Remedio saldrá en procesión mañana, a las diez, de la parroquia de San Luis, dirigiéndose por la calle de Fuencarral al hospicio para dar la comida a los niños acogidos en aquel establecimiento.

Seguidamente el estandarte de la hermandad y los cofrades con escapularios, medallas y cetos. Venían luego las angarillas en que iban cazuelas formidables con corderos asados; más angarillas con las ollas monstruosas del condumio calduno; más aún con las fuentes vidriadas, también colosales, del pescado; todavía más con las bandejas de arroz con leche, y otras con las disformes jarras talaveranas del vino.

Y a continuación cestos con tostados y fragantes panecillos asados, y otros cestos con castañas, nueces, piñones y naranjas...

Y todo limpio, alegre, cubierto de lienzos blanquísimos adornados de puntillas, brillando al sol las doradas tapas de jarras de vino. Aparecía luego la linda imagen del Santo Niño Dios del Remedio, sobre unas andas primorosas, alumbrada con velas, de que eran portadores asilados vestidos con trajes nuevecitos, adornados de bandas y lazos de seda blanca.

Después, la presidencia. El mayordomo o mayordomos, los diputados provinciales, el gobernador, los altos jefes del hospicio, los sacerdotes y los invitados. (J.J. Morato, 13-14)

Pero no todos los días eran fiesta con menú especial. El resto del año, los empleados de aquella casa de caridad se comportaban como enemigos naturales de los asilados. Con frecuencia, las espaldas de los niños sufrían la descarga de mal humor, arbitrariedad y frustraciones que vomitaban sus custodios. Paulino se encargaba de cuidar a su hermano menor en la medida que, a traspies, podía a sí mismo protegerse.

Más de dos años vivirá Paulino en aquel hospicio. Las Hermanas de la Caridad lo escogieron para marchar junto a la imagen del Cristo. Alto, delgado, ojos azules, su figura marchaba en las procesiones junto a la multi-color imaginaria reportándole unos reales de propina.